



CONNECTICUT CATHOLIC CONFERENCE
134 FARMINGTON AVENUE
HARTFORD, CONNECTICUT 06105 - 3784

10 de mayo de 2021

CHRISTOPHER C. HEALY
EXECUTIVE DIRECTOR

DEACON DAVID W. REYNOLDS
ASSOCIATE DIRECTOR
FOR PUBLIC POLICY

ANNE S. LAMONICA
ASSOCIATE DIRECTOR
FOR EDUCATION

LORI A. STEWART
LEGISLATIVE LIAISON

Queridos hermanos y hermanas en el Señor,

Hemos vivido un año extraordinario lleno de desafíos personales, miedos y sufrimientos provocados por la pandemia. Al mismo tiempo, nos ha animado el heroísmo de los trabajadores de la salud y los socorristas, la creatividad de nuestros párrocos y la amabilidad de vecinos y amigos, que con su amor y servicio despejaron la oscuridad que a veces amenazaba con abrumarnos.

Ahora que hay señales claras de que la pandemia está aflojando su control sobre nuestras vidas, acudimos a ustedes con confianza de dar el siguiente paso en el restablecimiento de nuestra vida eclesial como comunidad de fe.

Tal vez recuerden que cuando el COVID-19 apareció por primera vez en nuestro estado en marzo pasado, nosotros, los obispos católicos de rito latino de Connecticut, adoptamos una serie de cambios en la celebración de la misa diseñados para proteger contra la posible propagación del virus a quienes asistían en persona a la iglesia. Sin embargo, rápidamente se hizo evidente que esas medidas eran insuficientes para proteger a nuestro pueblo. Después de mucha oración y consulta, fue con gran pesar que dimos el paso extraordinario de conceder una dispensa de la obligación de asistir a Misa los domingos y días de precepto en cada una de nuestras respectivas diócesis. La intención detrás de esa decisión fue el de proteger la vida humana, especialmente la de los más débiles y vulnerables entre nosotros para que no se infectaran con una enfermedad que muchos médicos no estaban seguros de cuál era la mejor manera de combatir. Deseamos expresar nuestro más sincero agradecimiento por su cooperación en la observancia de los protocolos de seguridad que resultaron en ninguna propagación viral significativa del COVID-19 en ninguna celebración de la Misa en nuestras diócesis.

Afortunadamente, la situación que rodea la pandemia está mejorando lentamente en nuestro estado. Por ejemplo, las vacunaciones están aumentando y las hospitalizaciones están disminuyendo en todo el estado. La reciente decisión del gobernador Lamont de limitar las restricciones de las reuniones públicas en espacios cerrados solo al uso obligatorio de mascarillas, marca un momento decisivo en nuestra lucha de un año contra el virus del COVID-19.

A la luz de estos desarrollos positivos, creemos que ha llegado el momento de repasar la importancia que tiene la participación plena en la Misa en la vida espiritual de todos los creyentes y ofrecer un llamado sincero para que todos los católicos regresen a la celebración dominical de la Misa en persona.

Nuestra fe católica nos enseña que el Santo Sacrificio de la Misa es la celebración sacramental en la que el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo se nos hace presente a través de la gracia. En otras palabras, el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario, que fue ofrecido una vez por todas y que expía los pecados del mundo entero, se nos hace presente durante la Misa. La participación personal en la Misa nos invita al misterio de nuestra salvación en Jesucristo.

Todo lo que ocurre durante la Misa nos ofrece un encuentro personal con Cristo Crucificado y Resucitado. Lo escuchamos hablarnos en su Palabra, recordándonos el mensaje del Evangelio y el mandato de proclamarlo. Vemos a Cristo viviendo entre la comunidad de fieles, donde Él escucha nuestras oraciones y nos anima en nuestra vida diaria. Experimentamos al Señor en la persona del sacerdote, que predica la Palabra y ofrece la Eucaristía en la que nuestro Señor se nos hace presente sacramentalmente. Muy especialmente, nos encontramos con el Señor profundamente a través de la recepción de la Sagrada Comunión, ya que es el mismo Cristo Crucificado y Resucitado a quien recibimos.

Estos momentos de nuestro encuentro con el Señor durante la Misa nos ofrecen una oportunidad profundamente personal para nuestro alimento espiritual. Al recibir el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Cristo en la Eucaristía, la gracia del Señor fortalece la vida diaria que compartimos con Él a través de nuestra oración personal y las obras de caridad. La Sagrada Comunión es el alimento celestial que ilumina nuestra mente, reconforta nuestro corazón y fortalece nuestra voluntad de vivir la misión de la Iglesia en palabras, obras y estilo de vida.

Asimismo, cuando nos reunimos como comunidad en la misa dominical, lo hacemos como miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Así como el Señor se reunió con sus apóstoles en el Cenáculo la noche antes de morir, en parte para fortalecer los lazos de amor que compartían a la luz de los desafíos que ellos enfrentarían más tarde en su ministerio, así también nosotros nos reunimos como miembros del Cuerpo Místico de Cristo. A imitación del ejemplo del Señor, fortalecemos nuestros lazos de unidad y renovamos nuestra misión compartida de llevar el mensaje de redención, perdón y esperanza de Cristo a nuestro mundo atribulado.

En un mundo que ha dependido de la tecnología para mantener a las personas unidas en tiempos de profundo aislamiento, algunos pueden cuestionar la necesidad de asistir a la misa dominical en persona. Para responder a esta pregunta, nunca podemos olvidar que, si bien el discipulado cristiano implica una relación profundamente personal con el Señor, ésta nunca es completamente privada. En nuestro bautismo, cada uno de nosotros recibió el Espíritu de adopción, transformándonos en Templos del Espíritu Santo y haciéndonos miembros del único Cuerpo Místico de Cristo. La búsqueda de la santidad en nuestra vida personal requiere que nos unamos como una comunidad de fe para que el Señor bendiga, unifique y fortalezca nuestras esperanzas, sueños, desafíos y sufrimientos compartidos en su servicio.

Esta transformación comunitaria se produce de manera única durante la celebración de la Misa. “En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo se hace también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo.”¹

¹ CIC 1368.

Agradecemos a todos los que se unieron a nosotros y a nuestros sacerdotes para la misa ofrecida virtualmente durante la pandemia, y esperamos darles la bienvenida en persona. Al mismo tiempo, alentamos a nuestros párrocos a continuar transmitiendo en vivo la celebración de la Misa dominical por el bien de aquellos que legítimamente no pueden asistir a la Misa en persona.

Desde los tiempos apostólicos, la comunidad de creyentes sintió un profundo deseo de reunirse en persona para celebrar la Muerte y Resurrección del Señor el domingo, el octavo día de la recreación y el primer día de la semana.² La ley actual de la Iglesia ha codificado esta antigua práctica eclesial de la siguiente manera:

El domingo, en el que se celebra el misterio pascual, por tradición apostólica ha de observarse en toda la Iglesia como fiesta primordial de precepto [...] El domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa; y se abstendrán además de aquellos trabajos y actividades que impidan dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del día del Señor, o disfrutar del debido descanso de la mente y del cuerpo.³

Sin embargo, la obligación de reunirse en persona y asistir a la misa dominical nunca debe entenderse simplemente como la observancia de un requisito legal. En cambio, es la expresión de la Iglesia del profundo deseo personal que arde en nuestros corazones de llegar a la presencia del Señor a quien amamos, quien dio Su vida por nuestra salvación para que podamos recibirlo como alimento en el camino de nuestra vida hacia gloria eterna.⁴ Porque, ¿quién de nosotros no quiere pasar tiempo con alguien a quien amamos profundamente? ¿Cuánto nos ha dolido el corazón el año pasado, aislados y separados de nuestras familias y amigos? En esos momentos, ¿no ardía nuestro corazón con un profundo anhelo de volver a verlos cara a cara? No necesitamos que nadie nos dijera que estábamos obligados a buscarlos, porque nuestro amor los buscaba. Del mismo modo, debe ser nuestro profundo amor por Cristo el que nos invite a buscarlo en persona, y asistiendo a Misa, acogerlo íntimamente en nuestras vidas como alimento para el camino de la vida.

Dada la realidad de que la pandemia no se ha remitido por completo, reconocemos que algunas personas desean profundamente volver a misa en persona, pero se les impide hacerlo por motivos legítimos. Estas razones incluyen: (1) padecer enfermedades preexistentes graves que pueden

² La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1 Pe 1,3). CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución «sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum concilium*», 106.

³ PONTIFICIA COMISIÓN PARA LA INTERPRETACIÓN AUTÉNTICA DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO, *Código de Derecho Canónico*, ns. 1246-1247.

⁴ "Sin embargo, esta observancia, antes que un precepto, debe sentirse como una exigencia inscrita profundamente en la existencia cristiana. Es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical. Si en la Eucaristía se realiza la plenitud de culto que los hombres deben a Dios y que no se puede comparar con ninguna otra experiencia religiosa," JUAN PABLO II, Carta Apostólica «sobre la santificación del domingo *Dies Domini*», 81.

hacer que una persona sea más susceptible a enfermarse con COVID-19; (2) estar enfermo y confinado en casa o ser un cuidador en contacto cercano con alguien que (3) ha dado positivo a la prueba de alguna enfermedad contagiosa, incluido el COVID-19; (4) estar en cuarentena debido a la exposición a cualquier contagio o residir con alguien que está en cuarentena. Para cualquiera que enfrente estas circunstancias, recuerden que el Señor nunca los invitará a hacer algo que represente un peligro para uno mismo o para los demás.

Además, considerando el hecho de que las vacunas contra el COVID-19 son altamente efectivas y que la Iglesia ha determinado que las cuestiones morales con respecto a su composición no excluyen su uso, recomendamos encarecidamente a todos que reciban la vacuna por su propia seguridad, por la seguridad y la salud sus familias y sus comunidades, y por el bien común, porque cuanto mayor sea la proporción de personas que se vacunen, más rápidamente desaparecerá la pandemia.

A la luz de estas reflexiones y con confianza en la gracia y protección del Señor, hemos decidido poner fin a la dispensa general de la obligación de asistir personalmente a Misa los domingos y días de precepto en cada una de nuestras respectivas diócesis a partir del sábado 22 de mayo de 2021, comenzando con la Misa de la Vigilia de la Solemnidad de Pentecostés.

Al dar este paso esperanzador en nuestra recuperación de la pandemia, oremos para que el Señor Jesús, en su gran misericordia, profundice nuestro aprecio, amor y participación en el Santo Sacrificio de la Misa. Porque con nuestros corazones y mentes renovados, estaremos listos para salir al mundo y proclamar con valentía el mensaje salvífico del Evangelio con nuestras palabras y testimonio de vida.

En la luz de la alegría pascual y con todos nuestros mejores deseos, permanecemos,

Sinceramente suyos en Cristo,


S.E.R. Monseñor Leonard P. Blair
Arzobispo de Hartford


S.E.R. Monseñor Frank J. Caggiano
Obispo de Bridgeport


Mons. Juan Miguel Betancourt, SEMV
Obispo Auxiliar de Hatford


S.E.R. Monseñor Michael R. Cote
Obispo de Norwich